

Caballo blanco, caballo negro.

Romanticismo y realismo-naturalismo en la construcción del proyecto nacional uruguayo a partir del ciclo de novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz.

Teresa Basile

en “Juan Jacobo” y “Diderot”¹ (1900) Eduardo Acevedo Díaz metaforiza, en las dos imágenes del caballo blanco y el caballo negro, las principales corrientes que atraviesan el pensamiento uruguayo en la segunda mitad del siglo XIX y ambas pueden considerarse como las dos matrices productoras de su ciclo de novelas históricas²: espiritualismo y positivismo.

J. J. Rousseau –el caballo blanco– condensa las significaciones del espiritualismo en sus múltiples dimensiones filosóficas, políticas y estéticas, y se vuelve el centro fundante de la imagen de la *revolución* en sus novelas. La revolución entendida desde un doble perfil: como dominio de la violencia capaz de quebrar el orden colonial a través de la lucha armada, pero también como origen de los “ideales” y principios (libertad, igualdad y fraternidad) que servirán a la tarea de edificación de la joven república luego de la independencia. Acevedo Díaz piensa a Rousseau desde la tradición revolucionaria de la independencia del Río de La Plata y en dirección a la crítica de la dictadura de Latorre que había quebrado el orden constitucional en 1875.

Destaca al Rousseau promotor de la revolución y pone el acento en su rebeldía revolucionaria, en la violencia desatada: “Y así meditando escribió *El Contrato Social*, formidable paradoja capaz de hundir imperios”³. Va más allá y justifica en Rousseau la lucha armada pensando desde la revolución de la

independencia de la Banda Oriental comandada por Artigas al mando de las muchedumbres: “En el orden social y político minó la omnipotencia de los reyes y dio armas a las muchedumbres”⁴. Incluso los principios establecidos por Rousseau quedan atrapados en el marco de la guerra: “La libertad fue un delirio, la igualdad arrasó todo lo saliente, la fraternidad puso al mismo nivel todos los instintos. Juan Jacobo llegó a resurgir casi divinizado en medio del desorden”⁵.

La escuela del espiritualismo ecléctico de Cousin ingresó al Uruguay con la fundación de la Universidad en 1849, convirtiéndose en la doctrina hegemónica durante el período de la anarquía social y política caracterizado por el conflicto entre caudillismo y civilismo. Tal como la define Arturo Ardao⁶, la filosofía espiritualista cumplió la misión histórica de “cohesión moral e intelectual” de la minoría ilustrada. Y es este espiritualismo el que sostiene diversas vertientes culturales: “Miradas desde el ángulo de la filosofía adquieren unidad las manifestaciones salientes de la cultura en ese período: el *romanticismo* en literatura, el *principismo* en política, el *deísmo* racionalista en religión, el *laicismo* en el orden educacional. Todas ellas se hallan de algún modo vinculadas a la doctrina espiritualista”⁷. En este haz de significaciones del espiritualismo, me interesa remarcar la adscripción de Acevedo Díaz al *principismo político* y al *romanticismo social* y

literario como perspectivas desde las cuales lee y configura el proceso revolucionario de las guerras de independencia en sus novelas.

El principismo uruguayo se caracterizó por pregonar los “principios de libertades públicas y derechos individuales con los ojos puestos en una república ideal, la república del derecho natural y de la razón pura”⁸ que procuraron hacer efectivos –sin éxito– en el gobierno “típicamente universitario y doctoral” de José Ellauri, derribado en 1875 por el golpe militar de Latorre. Frente a esta dictadura, el principismo se reorienta como perspectiva crítica ante la suspensión de los derechos constitucionales.

Es en esta coyuntura política –la dictadura de Latorre– en la que Acevedo Díaz decide recuperar los principios que, en su opinión, se establecieron durante la revolución independentista, especialmente la libertad, y defenderlos mediante la lucha armada, creando así una tradición revulsiva. La revolución de la independencia se convierte en origen de los derechos civiles, en fuente de “altos ideales”, pero a la vez le proporciona el argumento del levantamiento de las armas para defenderlos, legalizando su participación en los levantamientos de Timoteo Aparicio (1870) y Aparicio Saravia (1897).

El positivismo –que llegó al Uruguay en la década de 1870 y se asentó durante la dictadura de Latorre (1875)– significó una crítica al principismo que no supo dar salida a la anarquía en su divorcio de la realidad social y en su anteposición de los principios del liberalismo constitucionalista y la moral cívica a los factores reales de la historia del Uruguay. Eduardo Acevedo Díaz incluye la perspectiva del positivismo –el caballo negro– ahora para leer desde allí, ya no la violencia revolucionaria de los inicios de la patria, sino el proceso de constitución y consolidación del Estado/ Nación durante la modernización, y proyectar el modelo de un país agro-exportador, atendiendo a los factores “reales” del Uruguay. Es, además, en la idea de un progreso lento, de una evolución natural, donde se percibe la influencia del evolucionismo en su narrativa.

Su ciclo de novelas históricas combina, entonces, una imagen de la revolución –en clave romántica– como quiebre y salto histórico pero también como fecundadora de ideales, con la idea de un cambio evolutivo –siguiendo a Spencer– lento y gradual, guiado por el progreso. Era necesario explicar la revolución y construir un Estado de derecho para la patria independiente.

En “Diderot” –el caballo negro– Acevedo Díaz trama la línea que va desde el Enciclopedismo al positivismo y al naturalismo de Zola, ya que él utilizó la “observación” y el “experimento” haciendo uso de un estilo literario dominado por “la viveza, la sequedad y la precisión”. Si los románticos se ocuparon de “lo bello y lo sublime”, los naturalistas introdujeron el “cúmulo de fealdades y miserias, de instintos y apetitos desordenados de la masa”⁹. Si Rousseau legó la imagen violenta de la revolución, el aporte de Diderot fue la Enciclopedia y ambos elementos se van a convertir en ejes en el ciclo de novelas históricas de Acevedo Díaz.

La propuesta final de Acevedo Díaz retoma el valor y la vigencia del romanticismo y del positivismo en una imagen del encuentro y reunión de ambas: “No es posible hablar de los dos sin traer al recuerdo aquella imagen que el filósofo griego presentaba bajo la forma de un tronco de corceles; blanco el uno, negro el otro, unidos por lazo indisoluble y flotando en los aires: símbolo el primero de anhelos inexplicables e ideales vigorosos, y emblema el segundo de la realidad amarga y del dolor positivo”¹⁰. Esta compleja trama le sirve al autor para desplegar su propio proyecto nacional, del cual iremos analizando diversos aspectos.

Quiero partir de las dos características que Acevedo Díaz atribuye al Montevideo aún colonial del comienzo de *Ismael*, la primera novela del ciclo, ya que pueden servir como líneas que recorren el resto de las novelas: la muralla y la Enciclopedia, Rousseau y Diderot.

La ciudad de Montevideo está “encerrada en sus murallas de piedra” que representan al sistema colonial y que van a ser derrumbadas por la obra del devastador influjo rousseaiano, y a la vez carece de “colegio o instituto científico”¹¹, labor que se llevará a cabo bajo las reformas positivistas y que, como vimos, el autor vincula con Diderot. El relato se va a ocupar de destruir la muralla como acción privilegiada de la revolución y de construir la educación como tarea indispensable en la etapa de consolidación del Estado/ Nación.

La muralla y la revolución

La destrucción de la muralla metaforiza la idea de “revolución” como quiebre en la temporalidad histórica que permite así un avance histórico. La revolución en *Ismael*, presentada por los sueños visionarios de Fray Benito, quien se inspira en la

lectura de Rousseau –cuya obra considera “una máquina de destrucción, pequeña pero de potencia descomunal”¹²–, acentúa las imágenes de destrucción. La “revolución” aparece como un modo de cambio histórico necesario y preferible a la evolución lenta pregonada por Spencer: “era preferible anticiparse por los medios violentos a la obra de los años, haciendo volar con un barreno las bases del viejo edificio”¹³. El “barreno”, la “mina”, “el torrente”, el “estallido” son las típicas imágenes de violencia revolucionaria, que se condensan en el sueño revolucionario de Fray Benito en el cual una doncella prometida en matrimonio a un español muere cuando un grueso proyectil derriba la “pared” del salón, metonimia de la muralla¹⁴.

Si la revolución implica un quiebre en la temporalidad histórica, una evolución por saltos, Eduardo Acevedo Díaz sin embargo añade una perspectiva evolucionista, de raíz spencereana, de cambio lentos y graduales, determinada por los factores del medio, que utiliza para explicar la lenta incubación del principio revolucionario en las muchedumbres del desierto. Las ideas de “época embrionaria”, de “crecimiento” y “germinación”, de “evolución natural” dan cuenta de esta matriz positivista. Así en los habitantes del desierto fue creciendo durante las centurias coloniales el “amor al pago”, el “amor local” que da origen luego al espíritu patriota.

Las guerras de la independencia van a ser el producto final del encuentro de las dos temporalidades: la “evolución natural” del espíritu embrionario de libertad encarnado en los gauchos se despierta súbitamente de su letargo y se pone en acción por el poder desatado por la revolución.

Esta propuesta de Acevedo Díaz resulta una curiosa inversión de los intentos de los positivistas por apostar a una evolución sin saltos y sin revoluciones. Por el contrario, Acevedo Díaz defiende la revolución apropiándose de los argumentos positivistas y así la explica como necesidad histórica. Pero hay que destacar que esta defensa de la revolución es, sobre todo, un modo de justificar su participación en los levantamientos de Aparicio Saravia y Timoteo Aparicio.

Muchedumbres y caudillismo

Un cruce similar entre perspectivas románticas y positivistas-naturalistas aparece en la caracterización de las “muchedumbres”, de los gauchos que

participaron en la revolución. No debemos olvidar que Acevedo Díaz procura responder a las opiniones de Mitre y Sarmiento, quienes consolidaron la leyenda negra en torno a Artigas, recuperando la figura del caudillo y convirtiendo a las masas revolucionarias en héroes anónimos.

Acevedo Díaz articula dos argumentos para cambiar (coincidiendo sin embargo en algunas de sus apreciaciones) los términos de civilización y barbarie con que Sarmiento había condenado la realidad de los gauchos.

Sin modificar sustancialmente el calificativo de “barbarie” aplicado a los habitantes del desierto y sin dejar de reconocer que se trata de una “sociedad primitiva”, propone una explicación que vuelve necesaria y deseable su participación en las luchas de la independencia, una argumentación en clave positivista, en tanto el caudillo y el gaucho son el producto “natural” del medio (el desierto). Así explica desde el determinismo los hábitos del poblador de la campaña. El instinto salvaje, el amor a la libertad, el “amor al pago”, las prácticas de la caza, los duelos, el rodeo, la convivencia con animales y el desarrollo de los instintos de lucha y rebeldía van a ser factores aún más decisivos que la influencia de las ideas: “los tupamaros (...) reclamaban para sí la posesión y tranquilo goce de las soledades en que se habían formado y desenvuelto sus instintos, que en verdad, como tales, eran fuerzas más vivas y enérgicas que las ideas, y por lo mismo de acción más rápida para demoler hasta sus cimientos el edificio vetusto sin dejar piedra sobre piedra”¹⁵.

Junto a esta argumentación de raíz positivista que explica científicamente el carácter primitivo del gaucho, Acevedo Díaz cruza una perspectiva romántica que hace del gaucho un héroe de la revolución. Su rebeldía, aprendida en el desierto, lo asemeja, en el sueño de Fray Benito, al “homme sauvage” de Rousseau: “L’homme sauvage se dibujó primero en mi mente bajo la forma de un solitario de las cavernas; luego de un centauro fiero; después, de un gaucho vagabundo”¹⁶. De este buen salvaje transformado en guerrero el autor se desliza hacia la figura del héroe de la independencia. Es sobre todo en las descripciones de las batallas y combates singulares donde se percibe el estilo homérico. La epopeya tiene el efecto de “sublimar” la barbarie, reasumirla en un código heroico sin ocultar su semblante primitivo. En “Los Orientales” Acevedo Díaz multiplica las referencias casi como si su

intención fuera colocar la representación de las guerras de independencia latinoamericana en la tradición universal ya que cita a Homero, El Cid, Tasso, Ariosto, entre otros, para arribar a la formación del “altar de la patria” y las leyendas que van a conservarse “como combustible sempiterno en el fuego de la patria”¹⁷. El culto al héroe se desliza desde la figura de Artigas para abarcar a los héroes anónimos de la independencia.

La enciclopedia y sus saberes

Una vez finalizada la etapa de las luchas libertarias que abarca las tres primeras novelas, en *Lanza y sable*, la última del ciclo, Acevedo Díaz da un notable viraje: se trata ahora de enfrentar la tarea de organizar la joven república bajo los principios constitucionales.

Lanza y sable trama, en fuerte contraste, las dos fuerzas históricas que explican, para el autor, el período: el “caudillismo”, especialmente aquel representado por Fructuoso Rivera, opera como una fuerza de retroceso, y los protagonistas, Abel y Paula, ambos habitantes de la campaña, son los vehículos del “progreso”.

En la pareja se perfila la posibilidad de un avance evolutivo. En Abel se trasluce el progreso del campo cuando recibe como herencia la estancia, anticipación de las demandas que el impulso modernizador requerirá del Uruguay como país agro-exportador de materias primas. Ya el autor lo anticipa en el prólogo de *Lanza y sable*, refiriéndose al presente en que escribe: “Hoy el hombre de campo se reforma, se instruye, se va despojando a grados de la vieja corteza hereditaria”¹⁸.

Por su parte, Paula logra vencer su condición de “rústica”, “arisca”, “brusca” y “retraída”, heredada del medio agreste en que nació, gracias a la educación: “Antes era rosa de cerco, ahora soy de jardín”¹⁹. De algún modo es la contrafigura de Fructuoso Rivera quien, siendo su padre, es superado por su hija. El autor adelanta ciertas cualidades de Paula que le permitirán abrirse al progreso, porque su sensibilidad se antepone a su instinto, su inteligencia facilitará su educación y la moral será el elemento indispensable para acceder al respeto de los principios constitucionales y de las leyes: “a un fondo de sensibilidad moral que más adelante debfa tomar gran vuelo, unía ella un espíritu sagaz [...] merced al cual había de aprender a leer y escribir”, a lo cual se sumaba “la finura de los sentidos” y “algo

de superior a lo que la rodeaba, acaso una tendencia soñadora”²⁰.

No hay que olvidar que la principal reforma educativa fue implementada por el positivismo en Uruguay a través de la actuación de Varela, en especial el desarrollo de los estudios científicos que venían a cubrir la carencia que Acevedo Díaz señala en Montevideo de “colegio o instituto científico”.

Progreso y Utopía

En “Juan Jacobo” y “Diderot” reconoce Acevedo Díaz, aunque señalando sus diferencias, la idea de un progreso en la historia, acentuando en Rousseau el sueño utópico y en Diderot una concepción de tipo evolucionista: “Digna era la obra de quien nunca dudó de la utopía, sin haber jamás descendido al análisis de la miseria humana al favor de la ciencia inquisidora”, afirma de Rousseau; para luego sintetizar y contraponer el pensamiento de ambos: “El uno representa los anhelos grandes y vagos del espíritu sin tipo conocido, de emoción pasional, pero nada coherente con la realidad de la vida; el otro encarnaba la aspiración al cambio por la natural virtud del esfuerzo humano, por el estudio de los hechos positivos y la coherencia de la ayuda propia con los medios científicos de mejoramiento”²¹.

En sus novelas, Acevedo Díaz, con diferente importancia, combina ambas líneas. Mientras adopta la teoría del evolucionismo como perspectiva general del ciclo histórico, incluye la utopía como ideal que seguir en la figura de Luis María Berón, pero aun así, se trata de una visión utópica anclada en el análisis de los factores reales del país.

La historia del Uruguay está narrada en clave positivista. Es el evolucionismo el que le permite escandir etapas, enhebrar períodos, establecer una continuidad desde la colonia al presente. Sus cuatro novelas exploran una *totalidad* de la historia oriental que él indaga a partir de la lucha entre las dos fuerzas históricas del progreso y del retroceso, cuyos actores sociales van cambiando. A la vez, sus principales personajes actúan movidos por un ideal que trasciende las propuestas del positivismo.

Luis María Berón constituye uno de los personajes más complejos. Sometido a una doble tendencia de su personalidad –mientras su romanticismo lo lleva a imaginar “el ideal luminoso de la patria”, su pragmatismo lo conduce a las experiencias de la lucha armada en la campaña–, no logra armonizarlas del todo en una unidad, sufriendo

constantes vaivenes y padeciendo enfermedades provocadas por las tensiones a que se somete hasta que finalmente muere.

Esta doble tendencia romántico-realista se traslada a su visión utópica, visión producida por su imaginación pero atenta a los factores del progreso moderno del Uruguay :

El país solo y libre [...] ¿Quimera? [...] No hay duda que por ahora es un problema el de la independencia absoluta [...] ¿No hay aquí grandes riquezas inexploradas, aparte del pastoreo y de otras industrias que darían envidia a los más fuertes el día que salieran a la superficie? ¿No hay pasión por la tierra, lujo de valor y de heroísmo; no hay conciencia de lo que se anhela de un modo constante?... Yo he soñado alguna vez que esas riquezas eran descubiertas, que el país se henchía de vida y que venían de otros lejanos a sus puertos numerosas gentes que se esparcían luego a la orilla de sus ríos sin semejantes, sembrándolas de ciudades orgullosas y veía en sus campos feraces llenos de luz y de verdor eterno, treinta millones de toros, en sus canales escuadras enteras con todas las banderas del mundo; un mar de espigas y de viñas en sus vegas; emporio de comercio en sus playas admirables; solidaridad nacional, leyes justas, historia gloriosa, culto por los mártires y los héroes [...] Era mi sueño [...]”²².

Las edades de la historia y las fuerzas de avance y retroceso

Todo el ciclo de novelas históricas de Acevedo Díaz narra la “evolución” desde la colonia hasta la constitución del Estado/ Nación y delimita diferentes períodos utilizando una terminología naturalista (“embrión”, “desvío”, “enfermedad”, “herencia” entre otras). Uno de los propósitos que guía el relato de la evolución de la historia uruguaya es marcar el destino de independencia absoluta del pueblo oriental, de separación definitiva de posibles integraciones con Argentina y Brasil que aún se encontraban en debate durante las últimas décadas del siglo XIX²³. Acevedo Díaz se opone a cualquier idea anexionista y para ello coloca ya en la colonia un deseo de esta independencia absoluta. Este anhelo independentista se encuentra en “embrión” en la colonia, se vuelve “desvío” durante la conquista luso-brasilera y se constituye en difícil deber para el nuevo estado.

La colonia aparece como una “etapa

embrionaria”, como una “sociabilidad primitiva” donde se incuban los factores que van a determinar la independencia absoluta (el amor al pago, la rebeldía libertaria, el desarrollo del instinto salvaje y guerrero, el heroísmo) en el período de las guerras, convirtiéndose en fuerzas progresistas frente a la rémora de la colonia y a su espíritu reaccionario.

La revolución en *Ismael* es vista como etapa de progreso en tanto derrumbe del sistema colonial, pero allí mismo se indica su peligro para el futuro cuando Fray Benito se pregunta por un “dique” al torrente que frene el riesgo de la anarquía y el obstáculo que el caudillismo significará en la etapa de edificación de la joven república. *Ismael* coloca, junto a las fuerzas guerreras de Artigas y sus hombres, el foco intelectual en el Convento de San Francisco, reconocido por su participación del lado de Artigas. En *Nativa y Grito de gloria*, en el escenario de la Banda Oriental convertida en Estado Cisplatino por el dominio luso-brasilero, los habitantes del desierto siguen siendo una fuerza de progreso necesaria para la lucha contra el nuevo enemigo. El Estado Cisplatino es percibido como un accidente que perturba la evolución natural, como un “desvío” del destino de independencia absoluta, un cuerpo extraño en lo “nativo”: el poderío portugués “debía ahogar en su desarrollo embrionario el sentimiento democrático con el de autonomía propia, *desviando*, aunque por breve tiempo, de su cauce la corriente natural”²⁴.

En *Nativa y Grito de gloria* aparecen otros actores que contribuyen al progreso: la figura del patricio Luis María Berón, quien realiza la vía de aprendizaje desde la ciudad hacia el desierto participando en la lucha contra las fuerzas lusitanas y representa el “deber ser” de la clase ilustrada; y el hacendado Luciano Robles, síntesis –adelantada en su mismo nombre– del progresismo pecuario del campo.

La etapa de la edificación nacional, el nuevo momento evolutivo que Acevedo Díaz denomina “etapa del progreso”, se diseña en su última novela, *Lanza y sable*. Aquí se perfila la lucha entre las fuerzas del progreso (Abel y Paula en la campaña y Oribe como jefe del Estado –y jefe del partido blanco) y las del retroceso representadas en la figura de Fructuoso Rivera (jefe del partido colorado). El caudillismo con sus instintos, antes vehículo del progreso cuando se trataba de derribar el sistema colonial, deviene ahora, en la etapa de construcción nacional, obstáculo para la obra de consolidación y fortalecimiento de las instituciones democráticas. El

progreso cuenta entre sus tareas sostener “los bienes de la libertad civil y política”, comenzar con la educación de las “clases campesinas”, con la “formación de la conciencia culta del deber y del derecho, prácticas y virtudes indispensables a la organización formal del gobierno libre. Tal era la noble obra de desarrollo lento, expuesta a sucesivos desastres antes de coronarse”²⁵. Aquí se resume el credo principista de Acevedo Díaz que ahora aparece vinculado a la modernización.

El caudillismo entorpece esta misión con los “males de la herencia”, entre los cuales se encuentran el “personalismo del caudillo”, “el coraje indómito”, la “crudeza” y el “amor al pago” que hacen del caudillo una fuerza que obstaculiza la unificación del país. La imposibilidad de lograr el fortalecimiento del Estado por el imperio de la anarquía caracterizó a los inicios de la república como una etapa de “enfermedad” —en clave naturalista— en la cual “se incubaba enfermizo el germen de la vida

institucional”²⁶.

Si bien Acevedo Díaz propone para el futuro el progreso, en su lectura de la historia uruguaya verifica y analiza también los movimientos de retroceso. Si una de las intenciones de su ciclo novelístico es rescatar el accionar de los habitantes del desierto en las luchas de la independencia, no menos importante es su interés por indagar las causas que retardan el desarrollo definitivo de las instituciones democráticas; esto es: auscultar las causas de la anarquía. En la época en que Acevedo Díaz escribe, aquellos que pregonaban la anexión exhibían como argumento la anarquía y la debilidad del Estado.

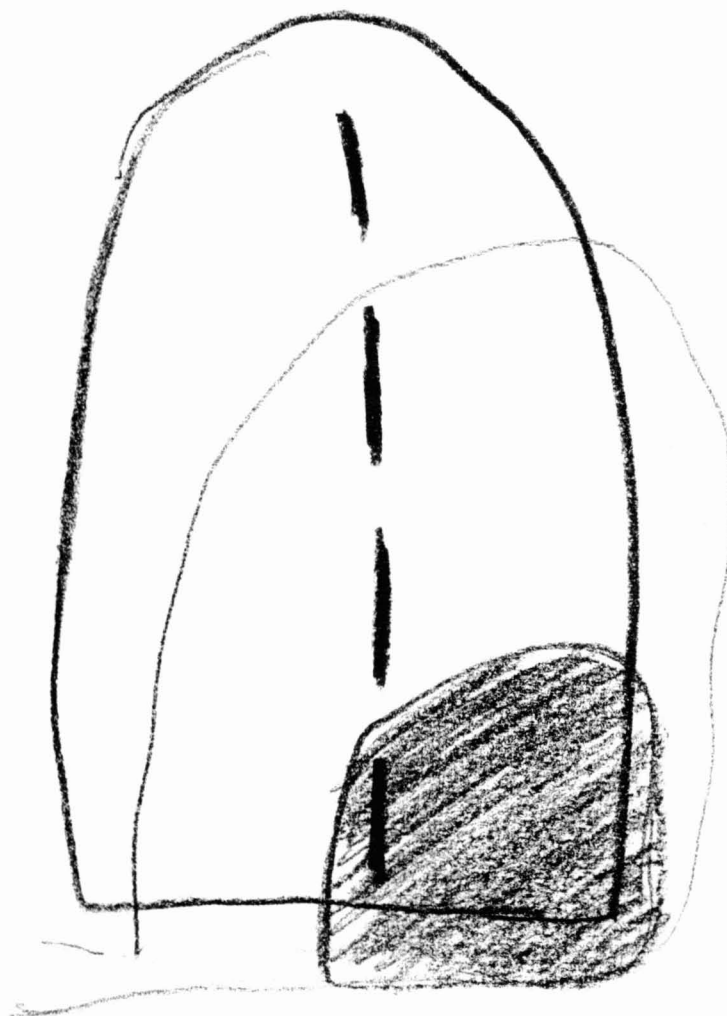
El vaivén entre el progreso y el retroceso delimita dos imágenes del discurrir histórico: la flecha del tiempo que, enviada por el progreso, se tiende hacia el futuro, y la estructura del ciclo que señala las eternas vueltas de la historia que parece regresar a los problemas de siempre sin encontrarles una solución definitiva.

En su visión del “pasado”, en especial de la etapa revolucionaria, no hay nostalgia ni interés reaccionario de regresar a una supuesta edad de oro. Acevedo Díaz la coloca como etapa primitiva y percibe la historia como una evolución necesaria. Si recurre al pasado revolucionario es para señalar allí la defensa de la libertad que se convierte en tradición, pero una tradición revulsiva que mira al futuro, con la cual procura ahora combatir la tiranía de Latorre y establecer un sistema constitucional donde domine el Estado de derecho.

Del “pago” a la “patria”. La figura del forastero

Dos modos de organización territorial y social, dos espacios simbólicos son claves en la representación que Acevedo Díaz hace de la historia uruguaya: el pago y la patria.

El pago es la “patria en embrión” de los tiempos primordiales, dominada por el “amor al pago” de los gauchos en tanto instinto de pertenencia a la tierra que habitan. La revolución es el primer paso hacia su conversión en “amor a la patria” que sólo puede hacerse realidad cuando en la joven república se suspenda el poderío disgregador del caudillismo para arribar a la unificación en la patria. Fructuoso Rivera representa el pago pero ahora —en el Uruguay independiente— ese instinto perturba la unidad nacional. En cambio Acevedo Díaz afirma que fue en el gobierno de Oribe cuando “el espíritu nacional empezó a sentirse”²⁷. Una de las tareas de los



gobiernos nacionales es la necesidad de unificación del poder bajo el mando del Estado y la ley, tarea que implica el final de los poderes locales que los caudillos defienden. La bandera y las divisas son sus correspondientes símbolos.

La figura del “forastero” que reaparece en más de una oportunidad va a ser clave en este pasaje del pago a la patria. La introducción del “forastero” en el pago desarma las relaciones estancas, destruye el poder establecido abriendo las puertas a nuevos juegos, corroe la atomización de poderes propugnada por el caudillo que se siente dueño de la tierra. Proyectado hacia el futuro, el forastero se confunde con el inmigrante, cuya figura celebra Acevedo Díaz al comienzo de *Lanza y sable*.

Dos escenas exponen las significaciones del forastero. La primera es un cuento de Anacleto²⁸, el capataz de la estancia de Robledo, quien les narra a Dora y Nata el siguiente relato: una moza del valle, Ubalda, rechaza insistentemente a todos los pretendientes del lugar para enamorarse finalmente de un forastero. En venganza los mozos del pago lo matan, provocando también la muerte de ella.

El anverso de esta historia se encuentra en *Lanza y sable*, cuyo protagonista Abel aparece como el “forastero” en una festividad del pago para finalmente conquistar el amor de Paula, codiciada por los mozos lugareños, con un final ahora promisorio. La inversión no es casual, la unión de ambos protagonistas de la novela constituye un modelo de progreso en su capacidad para evolucionar, desde el espacio del pago y de la sociabilidad primitiva anclada en los instintos, hasta las puertas de un superior estadio evolutivo: la organización de la joven república, marcada por la educación de Paula que lima sus asperezas y la herencia que Abel recibe, una estancia “de porvenir”.

El tópico de la “herencia”, característico del naturalismo, es clave en el proceso evolutivo de ambos, como anticipa el autor: “Saber las cuatro reglas ya es mucho; pero vencer los cien resabios de la herencia, no es obra de una generación”. Paula se entera que es hija de Don Frutos Rivera en un capítulo significativamente titulado “Fenómenos de la herencia”, pero logra quebrar ese determinismo hereditario del padre, mientras en Abel la pesada herencia de los instintos se sustituye por la herencia de una estancia.

La estética de la erótica

Otro cruce, un tanto esquemático, entre romanticismo-realismo-naturalismo se verifica en la representación de los personajes que aquí abordaré en sus relaciones amorosas, trabajadas estéticamente según el rango que ocupan en la sociedad.

La relación entre Ismael y Felisa, ambos productos de pago, es abordada por la estética del realismo-naturalismo. Los instintos conforman el factor que desencadena la escena amorosa en un juego que se reduce a los cuerpos para culminar, con la aparición de Almagro, en la pelea por la mujer. “Los alientos del varón le encendían la sangre, quemándole todo el cuerpo” a Felisa; mientras Ismael, “el gaucho vigoroso que domaba potros, era en aquel instante lo que el clima y la soledad lo habían hecho, un instinto en carnadura ardiente, una naturaleza llena de sensualismos irresistibles y de arranque grosero”²⁹.

El triángulo formado por Natalia, Dorila –hijas del hacendado Robledo– y el patricio Luis María Berón, se narra en estilo romántico; sus retratos también. Las muchachas poseen modales femeninos, delicados, ofrecen su piedad y cuidado ante los males de Luis María, sus espíritus románticos las inclinan a los “ensueños”, “vuelos de la imaginación” y “anhelos secretos”. Luis María les otorga el valor de la diferencia: “no son zafias”³⁰. Una de ellas, Dora, padece una enfermedad nerviosa, cercana a la epilepsia, con sentimientos angustiantes, presa de melancolías y desmayos a causa de los cuales muere en un remanso. Las escenas amorosas entre Natalia y Luis María se encuadran en el “idilio”, con el previsible freno a los instintos por parte del varón “tratándose de una joven educada y honesta”³¹ y el libre vuelo del espíritu, en el marco trágico de la muerte de Luis María.

La tercera relación, la de Paula y Abel, se narra en un punto intermedio, una combinación equilibrada entre instintos y espíritu. La escena amorosa pone en juego la “sensualidad” y “seducción”, el recato y la osadía, el instinto y el sentimiento, el cuerpo y la emoción, la dulzura, el beso y la mirada, con dosis de picardía y alegría, alejada del clima trágico de los casos anteriores.

La naturaleza

Las descripciones de la naturaleza oriental abundan en estas novelas, obedeciendo a variados intereses, intercalando dispositivos románticos y naturalistas. Las peculiaridades del medio, el “color local” del romanticismo se hace presente como corresponde a una novelística dedicada a la configuración de una literatura nacional que refleje las realidades del país. La acumulación de términos nativos entrecomillados y explicados en un léxico forma parte del intento de fijar sus peculiaridades.

Pero la naturaleza es también, y ahora en la línea positivista, el medio que determina la índole de sus pobladores y el genio del país. Una serie de descripciones presentan el costado salvaje del monte, de la selva, de las montañas y la llanura recorridas por animales salvajes y hombres semibárbaros.

El discurso modernizador imprime a la naturaleza el plus de riqueza que Luis María imagina para el futuro país agro-exportador: “Yo (...) veía en sus campos feraces llenos de luz y de verdor eterno, treinta millones de toros, en sus canales escuadras enteras con todas las banderas del mundo; un mar de espigas y de viñas en sus vegas”³².

Como factor formador de los pobladores es como la naturaleza adquiere su valor más importante y decisivo, ya que no sólo se refiere a los pobladores del desierto, sino que se constituye en una

experiencia educadora necesaria para la clase intelectual, los futuros gobernantes, los sectores urbanos, todos los cuales deben conocer la realidad de la campaña a la hora de diseñar sus proyectos políticos. Una de las críticas que Acevedo Díaz parece formular al principismo consiste en su desconocimiento de los factores reales del país. Su propuesta incluye la necesidad de conocer a través de la experiencia la vida de la campaña, expresada en sus novelas por el recorrido que Luis María Berón inicia en su deseo de aprehender la patria no sólo como una idea: “la ‘patria’ que él se había forjado en sus adentros [...] no estaba allí dentro de los muros [...] los verdaderos hálitos de vida de esta patria, los ecos enérgicos de sus sublimes rabias mal domadas, venían de afuera, de sitios que no conocía, quizás de campiñas llenas de sol y de pampero”³³.

Hemos intentado describir la compleja trama donde se intersectan líneas del romanticismo, del principismo, del positivismo y del naturalismo como escenario en el cual Acevedo Díaz articula su propio proyecto nacional. Se corre de los modelos propuestos por el principismo, por el positivismo y por el partido blanco, de los cuales toma elementos en cuya lógica combinatoria sostiene su originalidad. Los desacuerdos con el partido blanco, que lo llevarán a una final ruptura, testifican la dimensión de su diferencia.

notas

¹ Eduardo Acevedo Díaz, “Juan Jacobo” y “Diderot”, *Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas*, Montevideo, Biblioteca Rodó, 1935, págs. 71-95.

² Las cuatro novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz nos remiten al período que va de 1808 a 1838, y abarcan los momentos previos a la independencia, los primeros levantamientos de la campaña del año 1811 en la lucha por la independencia y la victoria artiguista en Las Piedras (*Ismael* de 1888); la dominación portuguesa y brasilera que convirtió a la Banda Oriental en Estado Cisplatino (*Nativa* de 1890); el desembarco de los Treinta y Tres Orientales y sus victorias de Rincón y Sarandí contra las tropas brasileñas (*Grito de gloria* de 1893) y las guerras civiles entre Rivera y Oribe durante la presidencia de este último (*Lanza y sable* de 1914).

³ Eduardo Acevedo Díaz, “Juan Jacobo”, op. cit. pág. 79.

⁴ Eduardo Acevedo Díaz, op. cit. pág. 82.

⁵ Eduardo Acevedo Díaz, op. cit. pág. 83.

⁶ Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Montevideo, CEAL y Universidad de la República, 1968.

⁷ Arturo Ardao, op. cit., pág. 50.

- ⁸ Arturo Ardao, op. cit., pág. 51.
- ⁹ Eduardo Acevedo Díaz, “Diderot”, op. cit. págs. 86-88.
- ¹⁰ Eduardo Acevedo Díaz, “Juan Jacobo”, op. cit., pág. 84.
- ¹¹ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, Buenos Aires, Editorial Jackson, 1946, págs. 1-3.
- ¹² Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 97.
- ¹³ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 44.
- ¹⁴ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 41.
- ¹⁵ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 306.
- ¹⁶ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 46.
- ¹⁷ Eduardo Acevedo Díaz, “Los Orientales”, *Crónicas, discursos y conferencias. Páginas olvidadas*, op. cit., pág. 39.
- ¹⁸ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1965, pág. 6.
- ¹⁹ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, op. cit., pág. 308.
- ²⁰ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, op. cit., pág. 39.
- ²¹ Eduardo Acevedo Díaz, “Juan Jacobo” y “Diderot”, op. cit., págs. 83-93.
- ²² Eduardo Acevedo Díaz, *Grito de Gloria*, Buenos Aires, Sociedad Editora Latino-Americana, 1954, pág. 117.
- ²³ Desarrollo este problema en Teresa Basile, “Un proyecto nacional en la narrativa histórica de Eduardo Acevedo Díaz”, *Revista Chilena de Literatura*, núm. 51, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1997.
- ²⁴ Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa*, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966, pág. 130.
- ²⁵ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, op. cit., pág. 18.
- ²⁶ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, op. cit., pág. 9.
- ²⁷ Eduardo Acevedo Díaz, *Lanza y sable*, op. cit., pág. 28.
- ²⁸ Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa*, capítulo V, op. cit.
- ²⁹ Eduardo Acevedo Díaz, *Ismael*, op. cit., pág. 127-128.
- ³⁰ Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa*, op. cit., pág. 110.
- ³¹ Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa*, op. cit., pág. 316.
- ³² Eduardo Acevedo Díaz, *Grito de gloria*, op. cit., pág. 117.
- ³³ Eduardo Acevedo Díaz, *Nativa*, op. cit., pág. 127.